

cional de los distintos saberes. Ahora bien, eso significa que hace falta una definición adecuada de razón humana: una explicación suficiente de su naturaleza, de su ejercicio y de sus límites. Eso no sería posible si desconociésemos tanto el papel del saber ordinario como el valor del conocimiento científico. Pero aclarar este punto supone, además, delinear la distinción entre el uso puro y el uso práctico de la razón. La terminología de la distinción es claramente kantiana, pero su desarrollo es original del autor.

La segunda parte repite el título del libro, pero el subtítulo resulta revelador: «Esbozo de una dogmática de la creación». En ella el autor se adentra en el pensamiento sobre la creación de los Padres de la Iglesia, desde San Justino hasta San Agustín. De ahí salta a consideraciones científicas y filosóficas actuales: comienza estudiando la relevancia del principio antrópico para la consideración del mundo como creado, prosigue con la discusión cosmológica entre Newton y Leibniz y concluye con la reflexión sobre la relación entre la teoría cosmológica del big-bang y la dogmática del acto de la creación. De este modo llega al último capítulo del libro, titulado: «¿Cómo entender la Creación hoy?».

Todo el libro puede considerarse como una «defensa apasionada y amorosa de la realidad» (p. 10), de la que podemos dar cuenta (p. 79). Pero una cuenta razonada, formada por razones coherentes (pp. 81, 365). Y ahí se incluye la ciencia y la ética, la filosofía y la teología. Para el autor, «la creación sólo puede vislumbrarse desde la filosofía teológica, pertenece por derecho propio a la revelación divina» (p. 336). Lo cual deja en el aire todavía la naturaleza misma del portillo que separa y une, y así

se hace posible la transición entre la razón pura y la razón práctica.

Considero que el autor expresa muy bien el tono de este libro: «son páginas filosóficas, sin duda, pero que han visto un resplandor —¿o quizá sólo han imaginado verlo?—; un resplandor que viene de otra parte, de otro lugar, de un más allá de la-realidad-de-lo-real-que-produzco-racionalmente» (p. 129). Y no se puede dejar de estar de acuerdo cuando dice «que la teología de la creación es la tarea de los próximos años del pensar teológico... Para ello hay que considerar el universo como un todo, en una realidad única... Sólo desde ella se plantea el origen y la finalidad de todo como algo que, quizá, muestra a las miradas atentas huellas, trazas, impresiones, sonidos, señales, que nos apuntan más allá de ese mismo todo» (p. 275).

Enrique R. Moros

Luis ROMERA, *Introduzione alla domanda metafisica*, Armando Editore, Roma 2003, 251 pp., 15 x 22, ISBN 88-8358-617-4.

Introducción a la pregunta metafísica. El libro que ha escrito el profesor Luis Romera ofrece exactamente lo que promete. Se trata, en primer lugar de una introducción, aunque sea tan amplia como las 251 apretadas páginas que componen todo el libro. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que una introducción a la metafísica sólo puede ser ya enteramente metafísica. Así pues, estas páginas son metafísica rigurosa y excelente. Por eso el adjetivo con el que se cierra el título le cuadra perfectamente. Por último, todo el andamiaje intelectual que estructura los cuatro capítulos que componen el libro se levanta sobre

la pregunta en sentido heideggeriano. De este modo puede entreverse que el objetivo de esta investigación es conseguir un planteamiento de la metafísica clásica que esté de acuerdo con la altura de los tiempos que vivimos.

El capítulo I se titula «Comprensión y ontología». En él la influencia de la hermenéutica alemana señala el marco general en el que discurrirá el pensamiento. Se trata de lograr un concepto suficientemente rico de experiencia que pueda servir de comienzo a la metafísica, es decir una experiencia que afecte a lo más íntimo del hombre y verse intelectualmente sobre lo más importante de la realidad. En consecuencia, los conceptos de experiencia del sentido, intelectualidad, comprensión y apertura diseñan la columna vertebral de las primeras páginas, y cuyo análisis aboca naturalmente hacia la exigencia especulativa del pensamiento.

«La aparición de la pregunta metafísica» es el título de segundo capítulo. En él, el autor vuelve la mirada a los clásicos, Platón y Aristóteles y se revela como agudo intérprete de la filosofía griega. Se trata de ofrecer una relectura metafísica de la relación esencial y originaria entre pensamiento, experiencia y ser. El autor ve con claridad que ese recorrido acaba necesariamente en la teología filosófica griega, porque se trata del conocimiento de lo trascendental. Pero el autor no se detiene aquí, sino que añade la experiencia contemporánea de la subjetividad, conectando la reflexión medieval sobre los trascendentales con la inquisición kierkegardiana sobre la persona humana en su finitud y limitación.

En tercer lugar se estudia la formulación característica de la pregunta ontológica en la modernidad. A partir del *cogito* cartesiano y de la *causa sui* spino-

ziana el autor llega a Hegel, como la cumbre desde la cual se observa todo el discurrir de la filosofía contemporánea. Nietzsche comparece como la crítica necesaria de la filosofía hegeliana. Pero la crítica decisiva no es otra que la heideggeriana: el ataque del filósofo alemán a la ontología se cumple verdaderamente en Hegel, no en quien creía verlo el propio Heidegger.

El cuarto y último capítulo se dedica a la exposición de los sentidos del ser, en una profunda interpretación de las averiguaciones aristotélicas. Parece claro que Aristóteles ha sido el filósofo que ha sabido articular de forma más completa y coherente el saber humano. El saber metafísico no sólo tiene una dimensión teórica, sino que precisamente por tenerla, por ir a los primeros principios y buscar las causas últimas, alcanza una dimensión existencial y religiosa que se ha vuelto irrenunciable para superar la crisis de la modernidad. Los sentidos del ser, la sustancia y el acto son piedras miliare de la metafísica, puesto que permiten un pensamiento analógico capaz de captar las diferencias y así descubrir la teleología ínsita en la naturaleza y alcanzar la teología, con todas las limitaciones que se siguen de su ontología de la sustancia.

El libro se cierra con un epílogo en el que el autor resume brevemente las ideas principales alcanzadas en las páginas precedentes. El autor insiste en la exigencia teórica de la pregunta metafísica, la necesidad de mostrarla existencialmente y de profundizarla para evitar las limitaciones apuntadas: una metafísica del ser como acto, que esté atenta a la diferencia y sea sensible a la analogía. Es ciertamente una introducción, pero profunda y precisa, que ha señalado ya algunos hitos del camino que hay que seguir.

Enrique R. Moros